

que él en su crítica de nuestras especulaciones, que nada pueden contra su lógica candorosa? ¿quién más demócrata que ese inocente del abuelo y de la fortuna, que cubre de besos a su buena aya africana?

Y nótese bien, esa teoría de la vida que el niño trae ya hecha constituye precisamente la suspirada meta de la humanidad, que espera llegue un día en que desaparezcan las convenciones y reine por doquiera la hermandad entre los hombres. Entre tanto, la faena diaria obscurece la visión de ese día, y el trabajo humano mismo adquiere una significación engañosa. Se toma a lo serio la fortuna, la sabiduría, la gloria, el poder, y he aquí otros tantos tiranos de quienes nos convertimos en sumisos esclavos. No percibimos que la civilización, con su complicado andamiaje, nada es, nada vale en sí, salvo como instrumento, como medio de gozar de un modo integral y rico, el placer de vivir, que el niño trae fresco y fragante desde las obscuras profundidades del pasado.

Se comprende así que el niño no se ajuste a las convenciones de la vida y que los grandes espíritus, a quienes como al niño repugnan dichas convenciones, revelen rasgos morales infantiles; como también se explica que las civilizaciones más adelantadas muestren entre sus caracteres, la sencillez, la tolerancia, la confianza, el espíritu primando sobre la letra y el sentimiento humanitario sobre la lógica.

El niño es así el maestro y precursor del hombre, y es lamentable que las multitudes infantiles que nos traen a diario este mensaje de buen sentido y humanismo, esta receta para alcanzar más pronto la felicidad, encuentren, por lo general, oídos sordos y gentes ocupadas en perseguir la sombra de las cosas. El trato con esas gentes, que confunden el símbolo con la cosa, el medio con el fin, la letra con el espíritu, embota aquella lógica angélica, y

las concepciones infantiles acaban por esfumarse en la fantasía y se relegan al sitio inaccesible de lo quimérico... Y sin embargo, apenas concibe la imaginación lo rico del fruto humano que podría obtenerse de una educación mediante la cual el niño conservase su concepto humanista de la vida, que se pierde temprano, y que sólo se recupera después de haber sondeado todos los océanos de la filosofía.

Por eso es que la infancia tiene sus misteriosas afinidades con la vejez; ambas tienen el mismo lenguaje: la una ríe con inocencia de las cosas serias, la otra ríe con melancólica ironía; ambas ignoran el misterio del mundo y de las cosas: la una por falta de estudio, la otra por sobra de sabiduría; para el niño no hay más ley que el deseo, ni otro ideal que la supresión del dolor, y para el anciano esta eterna aspiración es la única que sobrevive al naufragio de los ideales.

Pero suponed que esta comunidad de vistas no se muestre sólo en la edad extrema en que se apaga la voluntad y se extingue la acción, muy tarde ya para recomenzar la labor de la vida. Suponed que el adulto, en su edad viril, en vez de adoptar esa actitud indiferente o desdeñosa para con el niño, acepte de buen grado la concepción infantil del mundo. Se ha convertido en su hermano mayor, y ha hecho de los ideales del niño la piedra de toque para apreciar el valor de las cosas: suponed, en efecto, que para ese hombre nada vale la pena de existir o de pensarse, excepto lo que cae dentro de la concepción ingenua de la vida; que la riqueza no haya de emplearse sino en lo que directa o indirectamente beneficie al niño de hoy o al de mañana; que la conducta se acomode a las concepciones de la infancia, suprimiendo todo ejemplo que le sea pernicioso; que la ciencia se ponga al servicio de su vida, y se la inculque, no por su valor propio—que no tiene ninguno